

### Discurso del doctor don Ramón Mena

Señor Presidente del Instituto Histórico del Perú:

Señoras y Señores:

Ilustres Colegas:

Homenaje por homenaje. Yo no puedo responder a la gentileza del Instituto Histórico del Perú, en esta actuación, sino levantando sobre las robustas frondas de las encinas de sus montes y sobre los risueños laureales de sus llanadas, la figura sorprendente de un varón peruano, que desde el Sinaí del pensamiento, encendió por vez primera en nuestra América, las ideas de Independencia y Libertad!

Fué un fraile mercedario, un limeño endeble y joven, pero mimbrado con las borlas doctorales de la distinguida Universidad de San Marcos, prestigiosa y prestigiada por su labor de siglos en el sendero de la paz y del progreso, labor insólita por su realización dentro del mismo tormentoso campo, no pocas veces internado, que preparaba en la caldeada gleba la revolución social.

Holgaría citar a Melchor de Talamantes. El dejó la mirra de sus virtudes, flotando en la tranquila atmósfera del Claustro de Doctores del Convento de la Merced; porque no cabía en la celda.

“Estrecha fuga para tanta vida”. Ya lo dijo Díaz Mirón, y solo citas de gigantes tocan, a quienes con el ademán fecundo y santo del Sembrador, aventaran una semilla, desde las Chacras del Perú hasta las Parcelas del Anahuac..... Mas, ¿qué hizo Talamantes? ¿por qué exultar sin tregua al Doctor de la Universidad reinera?

—Adelantarse a su época, predicar con el ejemplo, ser la palabra en acción, la voz del pueblo, que atónitos escucharon sus hermanos de la Orden, proponer la igualdad de clases, la mayoría de edad de los conglomerados humanos, en aptitud para gobernarse. *Pico de Oro* le apodaban, y sin comprenderlo, acaso, temblaban de emoción y de estupor, y lo creyeron peligroso y lo enviaron rumbo a España, al correr de la primera década del siglo XIX, el de las Emancipaciones.....

Y en un triste amanecer, esta misma coronada Urbe, miró con sus ojos de antílope, flotar en la garúa sedeña de sus calles alahaminas, bajo los miradores, colgadizos y ajimeces, la paloma que salía del Arca de la Merced, llevando entre su pico de oro la oliva y la simiente de la buena nueva.

El Callao también lo vió llegar hasta la prora del galeón. Hincháronse las velas, y el hábito, rememoraba su pasado bravío, que por algo, hasta estos días, Comendador dispútase su jefe.

Talamantes saltó a tierra, en playas de la Nueva España; quedóse, contraviniendo una orden, pero su origen linajudo, pues llevaba el *de*, y su grado de Doctor, tal vez lo permitieran; pero ante todo, la conciencia de su mensaje, en avance de los hombres y en avance de los pueblos, hizo de este extraño Profesor de Derecho Natural, un predestinado

“Seres-faros que al lucir,

“Tenéis por fuerza que arder,

“Cumplid con vuestro deber,

“Alumbrad hasta morir”

Así el de Talamantes. Su momento había llegado: presentóse en la Ciudad lacustre de Tenochstitlan, y fué el Virrey don José de Iturrigaray, hombre no bien comprendido aún, quien abrió sus brazos y su corazón al Doctor peruano, cuyos ojos fulguraban con relámpagos de genio.

El águila de Lima llegaba al rocalloso nido del águila de Anahuac, plasmando en el alma del Virrey y en la del Consejo mexicano, ideas y formas nuevas: Independencia, Soberanía Popular, y Gobierno del Pueblo por el Pueblo, que antelación tamaña tiene en las Américas, todas, el ideal democrático, en fin, obra de Talamantes. No lo olvidéis, ¡oh! peruanos proceros, que al final, resulta exacto el verso de un poeta lugareño.

*El recuerdo es la muerte de la muerte.* ¿Cuál sería la fuerza de intelecto de Talamantes, cuál su dialéctica avasalladora, que encender pudo las almas de los Licenciados Francisco Primo Verdad y Ramos y Francisco de Azcárate, Regidor el uno, Síndico el otro, del Ayuntamiento de México, y comunicarles la fe, ese poder inenarrable que unce pueblos, levanta catedrales y hasta detiene el curso de los días con la Edad Media, laboratorio del futuro entonces, de las grandes nacionalidades?

*La fe que salva y la ilusión que alegra.* He ahí los nuevos luminares que prendió el Doctor limeño en el profundamente azul y transparente cielo de mi Patria.

Polígrafo, el de Talamantes, recibiera de Iturrigara y la comisión de estudiar el Norte y el Poniente neo-hispánicos, levantando cartas, inquiriendo noticias geográficas, históricas, estadísticas, de lenguas y de utilización de costas. Programa semejante, que antójase moderno, lo sugirió, sin duda, el Doctor peruano, adelantándose a *de Humboldt*, para desorientar a los hispanos, en tanto germinaba la semilla enantes arrojada, con el ademán solemne del Sembrador; mas, la suspicacia de los intereses creados, al traste dió con Iturrigaray, apresándosele desatentadamente, en su misma habitación, en su palaciega residencia y encarcelando a la Trinidad angusta de Verdad, Azcárate y Talamantes. Todo rápido, fraguado entre la sombra: Suicidan al primero y pendiente aparece de una alcayata en los muros de su domicilio; Azcárate es encerrado y olvidado; dan en la persona de Talamantes, y su blanco hábito los detiene; mas proce-

sado, lo remiten bajo partida de registro a España, y en espera de navío, queda en las espantosas *tinajas* de San Juan de Ulúa, en la Veraacruz. Contrajo ahí la fiebre amarilla, y falleció.....o lo fallecieron en la tinaja, estrecho y obscuro calaboso bajo el nivel del mar! en el mismo año de sus prédicas, y en el mes de Septiembre, que es raigambre de nuestra Emancipación.

Breve inscripción evoca a Fray Melchor en el Castillo de Ulúa, hogaño convertido en un Museo.

\*  
\* \*

Cuando camino y descamino las viejas Calles de esta Metrópoli reinera, me repito, parodiando a Nervo: "Por aquí pasó Fray Melchor de Talamantes". ¿No valía ello el venir desde México, a visitaros en el centenario de Ayacucho?

¡Oh! Calles, también santificadas por el menudo y aéreo paso de la más Santa de las mujeres de América, de Santa Rosa de Lima, cuya devoción conservan como oro en paño, las mujerec mexicanas.

Ojos negros y dulces, ojos sin pecado, serenos ojos de las limeñas, para vosotros fuera escrito el Madrigal eterno de Cetina.

Mercedarios de Lima, que mantenéis el buen concepto y la fe de vuestros mayores, recordad a Bartolomé de Olmedo, quien empapó la albura mercedaria, enjugando lágrimas de indios, y bautizando el primero, en este Continente. Olmedo, un tanto soldado, un tanto religioso, pero siempre un carácter, es como nuestro protomártir, digno del verbo cálido y grandilocuente de Antonio Caso; de la pluma de filigrana de Heliodoro Valle y del tintineo áureo de la versificación de Núñez y Domínguez, evocador de épocas y vivificador de Santos.

Y no digo de peruanos, porque Perú, Lima, en fin, reserva señorío de su prosa y el iridiscente oro de su verso, para

envolver en la garúa inconsutil de cierto oro, al Filósofo y al Sabio, que proyectó hasta el otro hemisferio el alma entera de su torreada Lima.

¿Y qué palabras para el Instituto Histórico del Perú? Cuando se tienen Especialistas del tamaño de Tello, y Polígrafos, de la estatura de Gutiérrez de Quintanilla, de Romero y de Urteaga, para no mencionar sino a quienes primero llegan a mi memoria, cuando se tienen estos hombres de reputación mundial, por virtud propia conquistada y que, en su punto de vista cada uno, contribuye sólidamente, ampliamente a confirmar el buen nombre científico de su País, entonces, tiénese derecho al aplauso, a las brazadas de laureles y a comunicar el fuego de la lámpara.

¿Qué mucho, pues, que sintamos honda satisfacción al ser incorporados al Instituto Histórico del Perú, nosotros, modestos obreros del México que piensa, y que vinimos atraídos por la luz zodiacal que prolonga las tardes de Lima, y que parece devolver, desde el fondo del mar y desde las claridades del cielo, la figura blanca de Fray Melchor de Talamantes!

---